



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13230

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MARTES 19 DE DICIEMBRE DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Oumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Renace la calma

Y si no renace debe renacer. ¿Quien se acuerda en los días que corremos de otra cosa que no sea las que nos promete el fin de la semana?

La cuestión escolar se acabó por cansancio de todos, del ministro, de los catedráticos y de los alumnos. Si algo quedaba de rescoldo, cayeron sobre él las vacaciones haciendo el papel de jarro de agua fría. Ya hasta el año entrante no resurgirá—si es que resurge—y para entonces Dios dirá.

La cuestión catalana está tranquila. Andará la procesión por dentro, pero en la apariencia nada ocurre. Verdad es que están las garantías en sus penos; pero esa circunstancia que se opone á los *mitings*, banquetes y desfiladas más ó menos políticos y un tanto soeces los últimos, no priva los banquetes familiares y á eso vamos, á preparar la mesa para comer á dos carrillos en las próximas pascuas.

La cuestión penaguda la de los peluqueros de Madrid, también se acabará por consunción. Entre el público que opta por afeitarse solo y el temor a perder los aguilados, harán mas para acabar la huelga que todas las gestiones que han hecho hasta ahora las autoridades.

La calma renace; cada cosa va que dando en reposo en su momento: los estudiantes por las vacaciones; los peluqueros por los aguilados; los representantes del país... también se aquietarán cuando les negue el turno, que será cualquier día de los que quedan de aquí al domingo próximo. Ahora todo es intransigencia, propósitos de no dejar el puesto abandonado; pero así que se asome por Oriente el sol del 23 anunciando que va a hacer su aparición el *gorro*, verán nuestros lectores como desmayan los empeños. Y no digamos nada cuando el cartero lleve la cartita mensajera de la impaciencia de los chicos. Cuántos dirán «ahí queda eso» y sin hacer caso de Maura, Mon-

tero, Moret ni Salmerón, añadirán: «Antes que todo la familia».

Hay precedentes y sabido es que aquí los precedentes lo solucionan todo. Presupuestos ha habido á cuyo alrededor han combatido las pasiones con extraordinaria gallardía. Se ha llegado á la sesión permanente. Se ha hecho obstrucción desesperada; pero todo ha tenido su límite en esa víspera de la Nochebuena, cuando individualmente cada representante ha sometido á su Yo, para que la discuta, esta proposición: «¿Sacrificó la política á la Pascua ó mandó la política a paseo hasta el nuevo año?»

El resultado de semejante discusión es siempre el mismo: arreglo de maleta, tomadura de tren y a casita.

Ahora ocurrirá lo de otras veces, si, cual dice el refrán, «la experiencia es madre de la ciencia». Hoy tomará localidad la discusión del presupuesto. Mañana aumentará. Al día siguiente se rán mas cortos los discursos. Al otro se salvarán las intenciones y cuando las horas para tomar el tren estén contadas surgirá el presupuesto aprobado, no sin que por parte de los que dirigen la política se prometa el oro y el moro para el presupuesto siguiente.

Y con esto Moret Maura, Montero y Salmerón podrán dedicarse tranquilos á comer el pavo, quedando todo como balsa de aceite.

Si no sucede esto sucederá otra cosa; pero podremos decir asombrados:

¡De esto no había precedentes!

Tres poesías

Del número extraordinario á lo que en memoria del laureado poeta alcañtano don Carmelo Calvo Rodríguez ha publicado el periódico alcañtano «El Boletín del Secretariado», trasladamos á las columnas de nuestro periódico estas tres poesías inéditas del inspirado vate.

A LOS DOS

Con fé que es luz sin medida,

y amor que es eterna luz
habeis ganado una cruz
en la lucha de la vida.

Y esa cruz que testimonio
da de probado valor,
esa es la cruz que el amor
obtiene en el matrimonio.
Llevedla con fe los dos
ya que supisteis ganarla,
porque aquél que sabe honrarla,
le ayuda á llevarla, Dios.

SETENTA AÑOS

Cumplí setenta y de la triste vida
recorri casi todo mi camino,
y sin ser agorero ya adivino
que la muerte á seguir me convida.

A pesar de que siempre inadvertida
llegó cuando o di sorpresa vino,
yo sé que no de morir, que eso es mi sino,
y no lo temo el fin de la partida.

Y no lo temo, por que si es la nada
el fin de tanto afán y tanto anhelo,
descansará mi alma acorrajada,
y si queda otra vida, otro consuelo
d tras de esta existe una desdichada
mi espíritu inmortal volará al cielo.

TRISTEZAS

Bien sabes, oh Señor, que no me espanta
la muerte con su ténue atavío;
bien sabes que la fe en el pecho mío
cuanto más viejo soy, mas se agiganta.

Bien sabes que las sombras que levanta
la muerte con su aspecto torvo y frío,
no por ser su color triste y sombrío
la calma augusta de mi ser quebranta.

No temo yo por mí, temo que un día
en ese porvenir vago é incierto,
que puede ser de pena ó de alegría,
para llegar al suspirado puerto,
falte á mis hijos la mirada mía
y echen de menos á su padre muerto.

LOS EFECTOS DEL FRÍO

Entramos en la época del año en que los
hombres se dividen en dos bandos: los que
son partidarios del frío y no lo temen, y los
que, á fuer de filántropos, le declaran una
guerra sin cuartel.

En todas partes se discute acerca de si
conviene ó no resguardarse del frío, y co-
mo en este mundo se dá la razón al que

más chilla, de ahí que de continuo se oiga
repetir que el frío vigoriza el cuerpo que
conviene abrir puertas y ventanas, apagar
chimeneas y braseros y guardar los abrigos
de pieles.

Pues bien, á los que sistemáticamente
se muestran partidarios de las temperatu-
ras glaciales, conviene preguntarles en
nombre de la higiene, si han estudiado la
cuestión del balance del ácido carbónico
en el organismo.

El ácido carbónico se forma constante-
mente en nuestro organismo. Los tejidos
del cuerpo, en el continuo movimiento de
sus funciones, dejan entre otras excrecias,
una regular cantidad de ácido carbónico, y
como éste es un veneno existe un meca-
nismo para eliminarlo tan pronto como se
forma.

Los tejidos dan á la sangre el ácido car-
bónico que producen, y la sangre se des-
hace de él por la vía química ó lo lleva á
los pulmones para arrojárselo cada vez que
se aspira el aire de ellos.

Este mecanismo está de tal modo regu-
lado, que aun cuando el ácido carbónico se
produce en cantidad bastante elevada, no
puede acumularse en el organismo en pro-
porciones tales que le hagan temblar.

Pero como el espacio de tiempo que la
sangre está en contacto con el oxígeno es
tan corto, no puede desprenderse de todo
el ácido carbónico, y cuando emprende su
viaje de vuelta á las profundidades y á las
extremidades, aún contiene ácido carbóni-
co, y basta que por cualquier causa se pro-
duzca un obstáculo á la ventilación pulmo-
nar para que el organismo entre en un pe-
riodo de envenenamiento por el ácido car-
bónico, para que se produzca la *carbonaci-*
oidosis.

Cuando dormimos, el organismo conti-
núa elaborando ácido carbónico en igual
cantidad que durante la vigilia, y, en cam-
bio, la corriente sanguínea y la respira-
ción se debilitan.

De esto resulta que al despertar, nues-
tro organismo está saturado de ácido carbóni-
co, y que la pesadez, el entorpecimiento pro-
ducido por la intoxicación de la sangre tar-
dan un rato en disiparse, hasta que la acti-
vidad respiratoria ha conseguido hacer co-
sar el principio de «carbonacidosis».

Son pocos los individuos, por muy re-
bustos que sean, que al saltar de la cama
en un cuarto frío no sientan un espasmo de
las arterias periféricas en forma de rigidez
y falta de tacto en los dedos y leves estre-
mecimientos.

Si esto ocurre con los individuos robustos,
imagínese lo que les pasará á los dé-
biles.

En estos organismos el equilibrio se res-
tablece más difícilmente; el espasmo de
las arterias periféricas se acentúa bajo el
estímulo del frío matutino, y las manos
y los pies quedan materialmente caegües,
pálidos y fríos como un marmótillo. En los
tejidos excluidos de la circulación sea-
guínea el ácido carbónico se acumula más
y más, así es que cuando más tarde las ar-
terias periféricas han vuelto á abrirse, la sangre
emplea horas y horas para expulsar el ve-
neno.

Resultado de esto es que la circulación
en manos y pies tarda mucho en normali-
zarse ó no se normaliza, y de ahí esa fa-
lta de individuos que tienen la nariz
colorada, las manos amoratadas y los pies
como el negro del sermón.

Tales son los efectos que la carbonaci-
oidosis produce con la ayuda del frío. Pero á
estos disturbios periféricos corresponden
otros superficiales.

Rechazada la sangre de un punto, se
acumula en otro y acude á las mucosas y
su aflujo produce los resfriados, la tos, las
mit molestias que acometen á las personas
débiles en invierno.

El frío contrayendo y cerrando las arte-
rias periféricas, engendra la carbonacidosis
con todas sus malas consecuencias, de lo
cual se deduce que el frío no es conveniente
y que hay que combatirlo á toda costa,
ó con mucho ejercicio ó recurriendo al ca-
lor artificial.

CURIOSIDADES

Lo que valen los cuadros

El «record» americano de los precios
más cuantiosos pagados por cuadros anti-
guos es ya conocido.

Un archimillonario de aquel país, Mr.
C. Whitney, ha adquirido, mediante la
suma de 625000 francos, el retrato, de
cuerpo entero, de Mr. Villiers, vizconde de
Grandison, que figuró en la Exposición de
Amberes, llamando la atención pública por
su singular perfección.

Este cuadro, terminado la Exposición de
Amberes, fué cedido, por 25000 francos á
Mr. Schaus.

La prolongación de la vida

En una Academia de Berlín se está dis-
cutiendo actualmente el problema de la

EUGENIA GRANDET

381

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 380

—D-me V. eso, sobrino; yo mismo lo á tasar todo
esto y volveré para decirle lo que vale, rentimo más
ó menos. Oro de alhaja—dijo examinando una cade-
na bastante larga—diez y ocho ó diez y nueve quila-
tes.

El buen hombre tendió su manaza y recogió el mon-
tón de oro.

que Carlos había encargado á París, el joven hizo que
llamasen á un sastre de Saumur y le vendió toda la
ropa que le era ya inútil.

Aquel rasgo agradó extraordinariamente al padre
Grandet.

—¡Ah! Ya está V. como un hombre que ha de em-
barcarse y que desea hacer fortuna—dijo á Carlos,
viéndolo vestido de una levita negra de paño infe-
rior.

¡Bien, perfectamente!

—Puede V. creer, tía—contestó el joven—que sa-
bré colocarme á la altura de mi situación.

—¿Qué es eso?—preguntó el buen hombre cuyos
ojos se animaron á la vista de un puñado de oro que
sobrino le mostraba.

—He retenido mis botones, mis sortijas, todo lo su-
perfluo que poseo y puede tener algún valor; pero
como á nadie conozco en Saumur, me proponía hoy
suplicar á V. que...

—¿Que comprase esto?—preguntó Grandet inte-
rrumpiéndole.

—No, tío, no; que me indicase V. algún hombre de
confianza que...

Carlos había enamorado de aquella casa cuyas
costumbres ya no le parecían tan ridículas.

Carlos bajaba por la mañana temprano para tener
tiempo de hablar algunos instantes, hasta que Gran-
det iba á entregar las provisiones; y cuando los pa-

XXXXVI